

# UNA IMAGEN, MIL PALABRAS

41 FERIA DEL LIBRO DE GRANADA · 21-30 ABRIL 2023

PREGÓN

JUAN VIDA



UNIVERSIDAD  
DE GRANADA

# PREGÓN DE LA FERIA DEL LIBRO

**Granada, 21 de abril de 2023**

Bienvenidos a la edición número 41 de la Feria del Libro de Granada, dedicada este año al maravilloso mundo de la ilustración y el diseño. “Una imagen, mil palabras”, es el lema que ilumina la Feria. O lo que es lo mismo, dos lenguajes y una misma historia por contar. *Ut pictura, ut poesis*, el viejo debate de Horacio.

Agradezco a los organizadores la oportunidad de pregonar esta Feria tan especial para los gremios de las artes gráficas. Me siento muy honrado por ello, porque entiendo que este honor no recae sólo en mi persona, sino que lo hace también en aquellos a los que represento en este momento. Me refiero, por supuesto, a mis compañeros y compañeras de oficio –ilustradores, dibujantes, diseñadores, fotógrafos...–, pero también al gremio de las artes gráficas que lo hacen posible. Porque para que este libro esté aquí, para que ocupe un lugar en el espacio y su ser pese sobre el suelo, como diría Ángel González, fue necesario un ancho espacio y un largo tiempo: hombres y mujeres fabricantes de papel, transportistas, impresores, encuadernadores, distribuidores, libreros, diseñadores y diseñadoras que pensaron su forma y calcularon su extensión.

Hace unos años, la Diputación de Granada organizó en la Casa Museo Ángel Ganivet una exposición sobre mi trayectoria como diseñador que titulé “Arte y Oficio, de las musas a la imprenta”. Con ello quise dejar claro que esto del diseño es ciertamente un arte, pero también un oficio que se desarrolla en el ámbito de

unos talleres profesionales a los que quiero dedicar este pregón. Servigraf, Anel, Copartgraf, Imprentas de la UGR y de la Diputación, Lucamo, SolyNieve, la Gráfica y la Imprenta del Arco han sido las escuelas en las que aprendí el oficio y en las que me sentí como en mi propia casa.

¡Colegas, va por ustedes! D

## DE LAS MUSAS A LA IMPRENTA TODO PASA Y TODO QUEDA

En mis recuerdos de niño no hay mayor tristeza que la del final del verano, ni decepción más grande que la de las hojas en blanco de los cuadernos al poco tiempo de estrenarlos. Recuerdo que abría los libros nuevos por las últimas páginas para imaginarme ya en los felices días de final de curso. El colegio de mi infancia no era un sitio alegre, ni el aprender una experiencia feliz. Y sin embargo, aún conservo algunos de aquellos libros pintorreados por la mano insolente del niño Juan de Dios Vida Arredondo, alumno de Pimer Grado Elemental.

Mi primer libro fue una Enciclopedia de tapa dura, ilustrada con dibujos herederos aun de la estética de los años 30, impresa en tintas planas de colores austeros sobre un papel grueso y sin calandrar. Lo guardo en una cartera de las de colgarse a la espalda, que al abrirla me devuelve un olor antiguo a lápices y goma de borrar. En esa misma cartera conservo un Quijote infantil con dibujos de Alfredo Bruzón y el *Luiso (María, matrícula de Bilbao)*, ilustrado magistralmente por Lorenzo Goñi.

De niño pasaba los días dibujando y recortando papeles, haciendo diminutas maquetas de la Torre Eiffel o del Patio de los Leones y navegando por una Historia del Arte en blanco y negro de Montaner y Simón que teníamos en casa. En esta Biblioteca Pública de aquí al lado, la de doña Ana Pardo y don Quintín Tavera, conocí en el *Summa Artis* de Espasa las palabras cuneiforme, zigurat y lapislázuili; el poema de Gilgamesh y el código de Hammurabi; los ojos de cristal del Escriba sentado y la Máscara de Agamenón.

Todo esto que cuento sucedía aquí mismo, entre la Carrera del Genil y el Paseo de las Basílios. En este quiosco pasé parte de mi adolescencia. Aquí las primeras peleas callejeras, los primeros besos y el milagro de la acuarela sobre el papel.

Empecé a pintar a imitación de mis hermanos, leí a Sartre y a Camús en la biblioteca ambulante de mi cuñado Jimmy y escuché a Violeta Parra en el cassette de mi hermana Coco. Supe de la primavera del 68 por las fotos del *Triunfo* y leí los primeros versos en el *Tragaluz* de Pepe Aguilera y Álvaro Salvador, y en la *Poesía 70* de Claudio Sánchez Muros y Juan de Loxa. Con Justo Navarro y José Carlos Rosales conocí a Gramsci y con Gramsci a las mejores cabezas de mi generación y alguna imprenta clandestina. En 1972 leí *El Aleph* –un libro que cambió mi vida–, en la edición de Alianza diseñada por Daniel Gil, el maestro que escribió con imágenes las más bellas páginas de esas metáforas mudas que son las cubiertas de los libros.

El primer trabajo que me llevó hasta una imprenta fue una pegatina en la que hacía una broma pop entre el nombre de Poesía 70 y el logo de Pepsicola. La imprenta elegida fue Servigraf en la calle San

Pedro Mártir –en 1977 había seis imprentas entre la calle Enriqueta Lozano y la Carrera del Genil–. Ese día no pasé del mostrador, pero la atracción de aquel desorden de papeles y el intenso olor a tinta me atraparon para siempre. No pasó mucho tiempo para que Servigraf se convirtiera en mi segunda casa y sus máquinas en una herramienta más de mi pintura (algo así como la imprenta con baño que pedía Juan Ramón Jiménez).

Imprimíamos con una Heidelberg negra y sólida como un tanque, pero fiable y precisa como ella sola. Nuestro método de trabajo era un híbrido artesanal y chapucero entre la tipografía tradicional y el offset. Los textos se componían con tipos móviles, se fotografiaban con una ampliadora remendada y se revelaban en cubetas de plástico. Sobre el cristal esmerilado de un cajón de madera reconvertido en mesa de montaje, se fijaban las películas a los astralones y de allí pasaban a las planchas para ser insoladas. Usábamos tintas planas muy densas –como las de serigrafía–, que dejábamos caer lentamente sobre el papel, componiendo los carteles más luminosos que he diseñado y los libros del Maillot Amarillo con Luis García Montero, el *Robinson Urbano* con Antonio Muñoz Molina o *El viajero* con Javier Egea.

En 1979 tuve mi primer encargo profesional relacionado con los libros. Se trataba de diseñar una colección sobre las autonomías para el Instituto de Desarrollo Regional de la Universidad de Granada, y ya en los primeros ochenta dibujé cientos de viñetas para los libros de Primaria de la Editorial Andalucía de los hermanos Anel y Luis Grandía. Un poco después, la Diputación de Granada, por iniciativa de Juan Manuel Azpitarte, me encargó el diseño de sus colecciones de libros y Manuel Barrios Aguilera

confió en mí para ordenar y dar forma a las múltiples colecciones del Servicio de Publicaciones de la UGR. Pronto aprendí que el éxito de una buena ilustración radica en sintetizar en un golpe de vista la complejidad expresiva del texto mediante el principio básico de aludir eludiendo. Nombrar el objeto sin mencionarlo, referirlo desde su periferia, eludiendo lo evidente en favor de la cita inteligente y del guiño cómplice. Algo así como las manzanas de Cezanne.

Con estos trabajos no solo gané experiencia y habilidad en el arte de unir imagen y pensamiento, también dinero y prestigio cuando aún no había cumplido los treinta. En aquella España todo estaba por hacer y yo estaba allí. Esa fue mi suerte.

## PERO LO NUESTRO ES PASAR

Desde la implantación planetaria de la red de redes se viene anunciando que la vida del libro de papel tiene los días contados, y sin embargo, dicen los periódicos que cada año se publican decenas de miles por todo el mundo. Parece que el libro de siempre, con sus cuadernillos cosidos al hilo y sus cubiertas primorosamente diseñadas, se mantiene vivo ante el asedio incesante de la transformación tecnológica.

Y es que, en efecto, las artes gráficas han experimentado en los últimos 80 años un encadenamiento de transformaciones que han cambiado sus métodos de trabajo de forma radical. Después de la Segunda Guerra Mundial, con la reconversión de la industria de guerra alemana en industria productiva, se implantó de manera generalizada el sistema offset de impresión. De las fábricas de Heidelberg salieron las nuevas máquinas de imprimir y con ellas los procedimientos derivados del sistema offset. Su llegada supuso

el olvido de oficios con una vigencia de siglos y el consecuente apilamiento de linotipias, piedras litográficas y tipos móviles. La desaparición de estos oficios significó el desplazamiento de sus operarios hacia otras tareas, forzándoles a deambular por las imprentas vendiendo su trabajo por horas a la espera de la jubilación. Por su parte, el fotocomponedor, el revelador de películas o el montador de planchas se convirtieron en las estrellas de la nueva imprenta, dependiendo de ellos el funcionamiento global de los talleres. Uno de los oficios que se consolidó con la llegada del offset fue el de diseñador gráfico, cuya presencia se hizo imprescindible hasta el punto de controlar desde su ordenador la práctica totalidad del nuevo proceso de impresión.

Más tarde, con la informatización de la imprenta se produce la incorporación de la mujer en los trabajos más cualificados y se optimiza de forma espectacular el proceso de impresión. De aquellos oficios que hacía poco tiempo se habían hecho imprescindibles con el offset, sólo el de diseñador gráfico se consolidó definitivamente, mientras que el fotocomponedor, el revelador de películas y el montador de planchas se vieron desplazados hacia ocupaciones alternativas, a deambular por las imprentas vendiendo su trabajo por horas o a engrosar las listas del paro.

También, con la llegada de la informática a la imprenta tradicional venía agazapado el caballo de Troya de la impresión digital, que a su vez vino lastrada de origen por el progreso imparable de la nube digital, que ensombrece desde entonces las regiones más recientes y prósperas del planeta Gutenberg.

Pero el vértigo de las transformaciones no cesa y ahora el acoso ha pasado de los talleres a las pantallas de diseño y a las mesas de redacción en forma de inteligencia artificial, acuciando a diseñadores, fotógrafos, ilustradores, periodistas o escritores, que empiezan a verse amenazados por el avance de una herramienta que cuestiona seriamente el futuro de sus oficios.

Aunque la situación es difícil, creo que aun hay motivos para la esperanza, porque, en mi opinión, las expresiones artísticas que ocurren en la realidad virtual no dejan de ser una metáfora más de la realidad de carne y hueso. Una metáfora que, eso sí, tiene la particularidad de tener como soporte un no-lugar, “un todo a la vez en todas partes” inconcebible hace apenas unos años. Se trata, efectivamente, de una nueva experiencia sensorial en la que se inscribe un relato compartido, multidisciplinar y poliédrico, pero que en términos de experiencia artística no deja de ser un artificio más, una ficción que en esencia no difiere mucho de la manera en que las páginas de un libro inscriben su propia experiencia sensorial o un lienzo genera la suya a partir de la ilusión óptica de unas manchas de color debidamente dispuestas sobre un plano. El soporte es maravillosamente nuevo, pero el receptor sigue siendo ese portentoso kilo y medio de materia gris que tenemos en la cabeza. El reto está en saber convivir con todo esto sin perderle el paso al progreso ni olvidar algunas habilidades intelectuales que nos han hecho ser lo que somos.

Así las cosas, parece que por el momento el libro de siempre y su álgter ego el e-book gozan de buena salud, y que, por su parte, el libro de mañana sigue creciendo en el pupitre digital como un algorismo mágico capaz de dar respuesta inteligente



a cualquier pregunta y de generar por sí solo nuevas formas y contenidos.

El nuevo libro no será un PDF del libro de siempre colgado en la red, ni una novela gráfica, ni un audiolibro de última generación, sino que, a mi juicio, será una suerte de pódcast para leer, para ser visto y para ser oído, que tendrá por delante el reto de captar la atención de unos clientes acostumbrados al fluir inagotable de mensajes de pocas palabras y, lo que es peor, de coste cero.

Ante este panorama se diría que el futuro del libro está definitivamente en peligro y sin embargo, los últimos índices de lectura publicados en España desmienten esta idea.

Mientras que un 35% de la población –unos 15 millones de españoles–, afirma sin tapujos no leer nunca, el 65% restante asegura haber aumentado sus horas de lectura después de la pandemia, siendo especialmente alentador este aumento entre los jóvenes de 10 a 24 años. Por último, un dato a tener en cuenta. En el interior de estos porcentajes sigue creciendo la brecha de género entre lectoras y lectores de todas las edades y segmentos. El presente del libro tiene nombre de mujer.

Señoras y señores, bienvenidos a la Feria del Libro de Granada. Les animo a dejarse seducir por la belleza formal de los libros y a vivir la experiencia sensorial de su lectura, que no es poco. Mil imágenes, mil palabras, mil historias por vivir les esperan escondidas debajo de las preciosas cubiertas de los libros.

Muchas gracias.